

La historia

El drama y la historia se distinguen en que el uno se desarrolla en los tiempos de calma y la otra en las épocas revolucionarias. Para que el espectáculo de la ficción se tome en serio, es menester que el mundo real guarde silencio, mientras que para pasar del sentimiento de la poesía al de los hechos, de la leyenda á la crónica, se necesita, por el contrario, que el ruido de las cosas conmueva vivamente los espíritus, que el espectáculo de sucesos aun recientes les preste la impresión y la medida de la verdad. Nació en los pueblos cristianos el sentimiento de la realidad, de la emoción de las Cruzadas, y en los griegos del espectáculo de las guerras médicas, instante solemne en que una sociedad, aun mecida en la cuna por las tradiciones de la epopeya y la mitología, fué atacada por dos millones de hombres. Choque tan violento no pudo menos de despertar con sobresalto los espíritus suspensos de los cantos de Homero. Habíase hasta entonces vivido de vagas tradiciones; sucesos inciertos se resumían en una mitología también

incierta; la historia política no existía aún, ó si se quiere, estaba toda asumida en la historia de los dioses; la verdad y la ficción, aun no distinguidas, usaban un mismo lenguaje, el de los versos. Pero cuando Jerjes llegó á incendiar los templos de Atenas, la historia apareció en toda su desnudez. Habíanse presenciado grandes jornadas, que habían de convertirse en verdaderas épocas. El nombre de los pueblos confederados fué entonces inscrito al pie de la estatua del Júpiter de la alianza; la realidad fué también puesta bajo la protección del Dios; el verso cedió su puesto á la prosa, la tradición á la escritura, la mitología á la historia; Homero y Hesíodo tuvieron por sucesores á Herodoto y á Tucídides.

No nos explicamos cómo haya habido quien no viese en Herodoto sino un Froissard de la Jonia, lo que equivale á encerrar una estatua del Partenón en una casa feudal. Herodoto, en efecto, no narra sólo las acciones de los hombres, sino también las obras de la Naturaleza, y esto hace que su historia tenga más de génesis oriental que de crónica de la Edad Media. Su curiosidad despiértase ante todo lo que le rodea, y lo mismo traza el curso de los ríos que sigue las emigraciones de los pueblos. Lleno de una admiración candorosa, sale de su país, yendo á tocar con sus propias manos los pueblos y objetos extraños que se mezclan en su narración, ofreciendo el espectáculo de sociedades nacientes en medio de un mundo también naciente.

Y no sólo contribuye á dar á su obra carácter de epopeya este acuerdo de la Naturaleza y de la humanidad, sino también la marcha y el plan que sigue, quizá inconscientemente. Así es que cuando los modernos se envanecen con haber inventado la filosofía de la historia, se olvidan de decir que el desorden de Herodoto oculta un encadenamiento tanto más profundo cuanto que es en parte independiente del escritor mismo. No se manifiesta éste al principio sino como un viajero ó un peregrino pagano, errante de templo en templo, y si penetra en el seno de las sociedades orientales, es para reconocer allí las tradiciones de su país. Pero aunque piadosísimo, manifiesta pronto tanta curiosidad como religión en el fondo de su espíritu, y aunque de origen dorio, no deja por eso de adornarse con las flores del dialecto y del orden jónico. En todas partes visita á los sacerdotes, pero no contento como ellos sólo con orar y adorar, interrógales, y vacilante entre la credulidad y una especie de escepticismo innato, no admite las más de las veces sino una parte de sus relaciones y noticias, que pesa y juzga cuidadosamente. Es el genio de la crítica, que bajo las apariencias del candor más ingenuo, se introduce por vez primera en los santuarios orientales. Hasta los versos mismos de los oráculos, que de vez en cuando mezcla con su prosa, están proclamando una religión política muy parecida á la reforma de Píndaro y Esquilo.

Ningún plan, por otra parte, parece regulari-

zar aún su marcha. Durante un buen espacio de tiempo paséanos por la Persia y Babilonia, cuyo fabuloso esplendor describe, haciéndonos subir sobre las inmensas murallas de ladrillo y hasta la cima del templo de Belo. Condúcenos desde allí hasta el valle de Egipto, donde penetramos en el laberinto, y tocamos las pirámides, y medimos aquella civilización, que alcanzaba ya su decadencia. Pero hasta este instante sólo hemos seguido á un viajero caprichoso; he aquí que el historiador va á revelarse. Y en efecto, después de habernos hecho pesar en cierto modo la enorme balumba de aquellos imperios, después de haber abrumado nuestra imaginación con su poder, después, en fin, de habernos contado sus riquezas, provincias y ciudades, comenzamos á ver lentamente reunirse aquellas provincias, aquellos Estados, aquellos reinos, bajo la mano de Dario y de Jerjes, en una fuerza única, que se desencadena de improviso sobre la cuna de la sociedad griega, y cuanto más tiempo fuimos retenidos en Asia, vagando como al azar por aquellas vastas comarcas, tanto más ahora nos sorprende semejante conclusión al descubrir la.

Hemos comenzado por reconocer los límites extremos del horizonte de la antigüedad, Susa, Babilonia, Persépolis, Memfis, Tebas, la Escitia; después el círculo se estrecha, oímos como un eco lejano de la Grecia, resonar en las riberas del Asia Menor y aquellas pequeñas revoluciones de las

ciudades jónicas que dan la señal. El círculo vuelve á estrecharse, y aquel Oriente, cuyos pueblos acabamos de contar en una enumeración homérica, se precipita en masa por el Helesponto sobre aquella Grecia naciente, apenas aun conocida por lo débil y obscura. ¿Cómo ha de resistir al choque del Asia? He aquí el primer pensamiento que nos acude. De este modo es como Herodoto, estrechando siempre su horizonte, nos conduce hasta el desfiladero de las Termópilas, pasado el cual nos lleva hasta Salamina, arrastrando siempre tras de sí aquellos pueblos que secan los ríos bajo sus pasos. Todo parece perdido. Los generales, en la víspera misma de la batalla, vacilan, sin dispersarse ante aquella aparición del Asia que deja estupefacta la imaginación, porque se adivina, por esta largá marcha, que no se trata sólo del destino del imperio, sino de una batalla en que se interesa la humanidad.

Cuando al fin han sido coronadas al salir el sol las estatuas de los semidioses; cuando la batalla se ha ganado; cuando aquel inmenso peligro, tan lentamente acumulado por el historiador, se ha disipado para siempre; cuando los nombres de Platea y Micala se añaden al de Salamina; cuando el Oriente, en fin, *se ha roto contra la lanza Doria*, un sentimiento profuado se apodera de nosotros, eclipsando todos los demás: el de un milagro cumplido por el heroísmo del hombre. El débil humilla al fuerte, el derecho triunfa de la violencia: el

arte ha sobrepujado al número, el pensamiento á la materia. Tal es el desenlace; la primera victoria del espíritu sobre el destino oriental. ¿No es conforme con la exposición, si añadimos que los sucesos son agrandados é interpretados por las leyendas de la guerra de Troya, la política y los tratados fundados en parte sobre la *Iliada*, y las figuras de los héroes de Homero, apareciéndose constantemente al historiador, como los genios propicios de las guerras médicas. La más sabia reflexión no se conformaría seguramente mejor con el plan y el arte de la Providencia. Y es que Herodoto compuso su obra, como la Divinidad compone secretamente la historia; llega á su fin sin mostrarle, sin señalarle anticipadamente, dejando al desenlace que explique lo que pudiera haber de obscuro en el punto de partida. No posee indudablemente el método sentencioso de Bossuet, ni dogmatiza, ni percibe distintamente la Providencia; pero en cada paso que da, acércase indefectiblemente á ella, hasta que al fin la abraza sin que parezca verla: instinto del orden general mezclado con la *inocencia* del pensamiento y la dicción, que constituye su grandeza y su originalidad.

Más aún que con los poetas dramáticos, transfórmase el paganismo con los historiadores. El entusiasmo del combate se revela contra la fatalidad, y la Grecia, que con una sutileza heroica desobedece al oráculo y al dios de Delfos, que anuncian sólo por el cálculo de la fuerza la victoria del

Oriente, da comienzo á su vida política desobediendo á sus profetas. Coronados los ejércitos de guirnaldas, celebrando sus danzas guerreras después del sacrificio á las musas, parecen en los cantos peánicos celebrar, en lo más vivo de las batallas, la fiesta de la voluntad humana. Los historiadores nos dejan hasta el último instante en la incertidumbre del éxito, y eso que saben bien que basta muchas veces un pensamiento para hacer inclinar del otro lado la balanza de las cosas, lo cual constituye precisamente el espíritu de las arengas mezcladas á su narración. No son, pues, aquellos discursos, como tantas veces he repetido, un simple ornamento del arte ó el resumen cuando más de un sistema político, sino la expresión de aquella libertad de las grandes almas, que, elevándose por encima de la necesidad, disponen de los sucesos mismos: son en el arte de los historiadores lo que los coros en los dramas. Proclaman, en efecto, en medio del tumulto del mundo la independencia del pensamiento; enseñan y sostienen los derechos de la justicia, de la razón y de la conciencia; se fundan en la naturaleza misma de las cosas, porque toda historia es en sí una tragedia, en donde luchan juntos la libertad y el destino. Cuando las almas son fuertes, vencen la necesidad misma de las cosas, y esto es lo que sucedió en la antigüedad griega, que por la voz de aquellos grandes coros protestaba y se revolvía contra el yugo mismo de los sucesos. En cambio, en los

tiempos verdaderamente cristianos, el hombre, desposeído, se resigna en silencio y calla ante la palabra santa que resplandece en los hechos consumados.

Dios es quien hace oír únicamente su voz en la historia de Bossuet, llenando con su discurso todos los siglos, así como por una razón contraria la fatalidad habla muy alto en nuestros días en que las almas están mudas, é historiadores, hombres de Estado y filósofos sólo estiman, comprenden y describen la elocuencia y la fuerza de los hechos. Las cosas hablan; el hombre calla, y convirtiéndose la resignación en inercia, asoma el peligro de venir á parar á un fatalismo cristiano, como los antiguos terminaron en una providencia pagana.

Así como la historia de Herodoto se refiere á la epopeya, la de Tucídides se inclina al drama: si el uno describe el modo como se formó la unidad de la sociedad griega en Salamina, el otro cuenta cómo se rompió aquella unidad en la guerra del Peloponeso, mezclando en su narración á la experiencia de los hechos y sabia precisión del genio moderno un último rayo de las creencias heroicas. Es un plan de campaña grabado sobre el escudo de Hércules. Ocupaban aún el ánimo los recuerdos de la invasión de los persas, como durante la invasión lo ocupaban las leyendas de la guerra de Troya; pero lo que palpita constantemente en el espíritu del historiador, en medio de los variados

incidentes de la lucha, es el sentimiento vivo de dos razas rivales, el diálogo imparcial de dos sistemas religiosos y políticos, el duelo sagrado entre Apolo y Neptuno, que en vez de ocultarse en la nube de Homero, continúa mostrándose entre sus pueblos en la guerra de dorios contra jonios, de la aristocracia contra la democracia, de la tradición contra la innovación, de Esparta, en fin, contra Atenas, personificaciones brillantes de aquellos dos sistemas: asunto que reúne á un interés universal una forma precisa, ó lo que es lo mismo, una vida llena de realidad bajo el punto de vista del arte. En esta guerra civil, que ha descendido del Olimpo á la tierra, todo lo que es pueblo se alía con los atenienses, y todo lo que es oligarquía con los espartanos, conservando de este modo hasta el fin cada uno de los personajes la unidad de su carácter. Los dorios representan la tradición religiosa, el culto rígido, la vieja monarquía de los tiempos heroicos, y frecuentemente la fría crueldad de la razón de Estado; los jonios, el escepticismo filosófico, la profanación de los templos, los caprichos sangrientos y las sublimes contradicciones propias sólo de ellos. Recordad (es quizá el día más bello de la antigüedad) aquel pueblo de Mitilene que acaba de ser traidor á los atenienses, los cuales, á la primera noticia del suceso, disponen que el pueblo perjuro perezca sin perdonar á un sólo hombre. La ciudad es tomada; el decreto de muerte está dado conforme al derecho antiguo, y un barco lo

lleva á su destino. Pero pasa la noche, y Atenas no ha podido dormir, atormentada, no por el sentimiento de la injusticia, sino por el de su severidad. Por fin, se arrepiente; nace el nuevo día; reúne la asamblea; el pueblo vuelve sobre la decisión de la vispera y perdona: perdona á la ciudad que le ha hecho traición, y da en este sentido un segundo decreto. Recordad, sí, recordad aquel barco veloz que lleva á su vez la ley de gracia y de perdón, y la narración del escritor, que es en aquel momento tan rápida como la nave llena de remeros. El perdón llega por fin antes que el castigo, y todo aquel pueblo condenado y ya maniatado en la plaza pública, es salvado en el instante mismo en que creía iba á perecer. ¿Podrá decirse que aquel hermoso día pertenece á la religión de la fuerza?

Esta lucha de las creencias, de las razas, de las costumbres, se halla especialmente indicada en Tucídides por las proclamas, las arengas tribunicias, los mensajes de los embajadores y las quejas de los pueblos suplicantes, anunciándose á veces de un modo más enérgico por un verdadero diálogo entre dos ciudades. En este historiador, más aún que en Herodoto, queda vencido para siempre el destino oriental, puesto que lo que pertenece fijo é inmutable en medio de la confusión de los partidos, del estruendo de los combates campales ó navales, del día y de la noche, del canto guerrero del pœan y del gran *coro de los negocios*

civiles, es aquellos nobles discursos, aquellas grandes palabras que dominan constantemente la tempestad. Los oráculos, envueltos en nubes de incienso, que Herodoto recogía en la entrada de los templos, no salen ya sino de la boca de los hombres de Estado, cada uno de los cuales es una verdadera providencia. La tribuna reemplaza al trípode; esto da el tono al escritor. Se ha notado que los discursos de todos los hombres políticos de este tiempo ofrecen en Tucídides el mismo carácter, calma, moderación, sangre fría, cuando no se penetra más allá de las apariencias; es un sentimiento de virilidad orgullosa, semejante al que palpita en las odas de Píndaro, y si las figuras ecuestres de Fidias se animaran y hablasen, usarían seguramente la misma majestad, la misma serenidad, la misma concisión espléndida en su lengua de mármol.

¿Por qué la palabra política tenía entonces un carácter diferente del que recibió en tiempo de Demóstenes, cuando la pasión fué su carácter dominante? Después de bien examinado, creemos haber hallado la razón. Al día siguiente de las guerras médicas, en la plenitud del orgullo que la Grecia adquirió con su victoria, estos pueblos aun jóvenes tenían un exceso de vida. Sus oradores, investidos de una especie de poder regio temporal, veíanse obligados á moderar tal impaciencia, y para dominar estas sociedades vehementes, necesitaban sobre todo de la serenidad que se adquiere

en las más elevadas regiones del alma. Su principal esfuerzo consistía en dominarse á sí propios, y de ahí aquella palabra medida é impasible de Pericles, aquella frente serena, aquella ausencia de emoción aparente, aquella frialdad de mármol de Paros, aquel corazón, en fin, inmovible en medio de los huracanes civiles. Cuando el caballo de batalla se precipita en el combate, ¿no es necesario contenerlo con el freno? Tal es el secreto de aquella elocuencia propia de todos los oradores en las primeras épocas de la vida política de los griegos, y que Tucídides ha consagrado en medio de los trofeos de la guerra del Peloponeso. Más tarde, en los tiempos de Demóstenes, todo cambia: los pueblos estaban cansados, y dudaban de sí mismos. Sus fuerzas se habían destruido unas contra otras; su impaciencia no se inclinaba ya hacia la actividad, sino hacia el descanso; Esparta y Atenas, agotadas en la lucha, sólo la paz piden é invocan. ¿Cómo tan gran revolución no había de influir en la oratoria política? La misión del orador fué entonces excitar, despertar, aguijonear al pueblo desfallecido. Entonces Demóstenes soltó las riendas, la palabra tuvo aguijones, mordeduras, flagelaciones, transformándose en pasión, transporte, cólera, amenaza; todo el veneno que podía contener, fué preciso derramarlo para inflamar los espíritus tibios. El orador mismo tuvo entonces que precipitarse en el porvenir, para arrastrar tras él á aquellas democracias perezosas; la palabra ardiente de Demós-

tenes fué á la de Pericles lo que en la estatuaria el grupo patético de *Laocoonte* á los mármoles armoniosos de Fidias.

¿En qué difiere esta elocuencia política de la de los modernos? No entraremos á examinar si los pueblos en nuestros días necesitan ser impulsados ó contenidos, pero sí diremos que los oradores modernos parecen haber renunciado á aquella lucha del alma con los hechos y la sociedad, y aspiran, más que á dominarlo, á ser la expresión de su tiempo; de otro modo temerian quedarse solos: el reinado de la palabra no parece deber existir ya para nadie. Si la opinión fermenta, el orador es violento; si el pueblo se inclina, el orador se posttra. Por el contrario, la palabra del *Júpiter de Atenas* descendía de la tribuna, como la razón pura descende de las nubes de la inteligencia; en esta elocuencia solitaria podía reconocerse como una herencia de la majestad heroica de los primitivos tiempos. El más grande espectáculo que en Tucídides podemos contemplar, es el de un pueblo que, rebelado y retenido á la vez eternamente por el único freno de la palabra severa de Pericles, inaugura en sí mismo la tiranía de la razón.

Por más que Tucídides haya escrito su historia en el destierro, no puede notársele una sola palabra de queja ó de lisonja en los ocho libros de su narración. Era demasiado fiero aquel corazón para enseñar sus heridas; en su lengua, hecha con los restos de la lanza de Minerva, todo respira un

alma de bronce. Sin embargo, á pesar de esta austeridad, parécenos reconocer el destierro en cada línea, y no es dudoso que la necesidad en que se vió de contenerse perpetuamente, haya acrecentado la severidad natural de su genio, prestándole semejante tormento un sello parecido al de Maquiavelo. Ved si no cómo en nuestros días la misma prueba ha templado con idéntico acero la pluma de Napoleón en Santa Elena. ¡Cuánta distancia entre la severidad del historiador de Waterloó y el esplendor oriental del general de la Italia y el Egipto! Y es que cuanto más se comprimen las almas por dentro, más reinan fuera; el pensamiento, irritado por la herida, deja impreso en cada palabra el rasgo de una vida entera.

Cuando la democracia y la aristocracia acabaron de destruirse una contra otra, Alejandro acabó también la victoria del Occidente sobre el Oriente. Triunfó el espíritu griego, pero Grecia dejó de existir. Sus grandes hombres vagaron solitarios, substituyendo á los pueblos: Tebas se personificó en Epaminondas. ¿Qué nueva forma revestirá la historia para responder á esta revolución? La de la biografía, que, exaltando al individuo hasta la apoteosis, estaba de acuerdo con la última constitución del paganismo. Tal es la época de Plutarco, en cuya narración surgen, una en pos de otra, grandes figuras aisladas, sin relación alguna entre sí, como si el fundamento religioso que las unía en su principio se hubiese desvanecido. Estados, pue-

bles, instituciones, todo, hasta la continuidad, desaparece en aquella narración; en cada línea se siente que la sociedad que mantenía ligadas aquellas vidas esparcidas, ha dejado de existir: nobles estatuas, que tienen por pedestal común la tumba de la Grecia.

V

La filosofía en sus relaciones con la religión.—Caída del politeísmo

Cuando los filósofos griegos inquirieron las causas de las revoluciones civiles y políticas, tan sólo se olvidaron de la religión, lo que les condujo á sustituir al principio general tantos motivos secundarios como ciudades existían en el Estado y Estados en la Grecia. No hay en rigor más que una revolución en la antigüedad, la que, á un mismo tiempo y en todas partes, sustituyó la república á la monarquía, al principio de la herencia el de la elección. ¿De dónde vino cambio tan notable, tan unánime, que modifica en un instante el temperamento de toda una raza de hombres? Si nos atenemos á los historiadores, apenas hallamos indicada la cuestión; mas si consultamos las variaciones religiosas, advertiremos al punto, según lo que antes ya hemos dicho, que en ellas están fundadas las políticas; porque todo el tiempo en que el culto consistió en la adoración de la naturaleza primitiva—época que marca el reinado del derecho divino en el paganismo—, el fundamento de la autoridad